



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La guerra de Ucrania y la zona gris

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

21 de octubre de 2023

Es habitual definir los fenómenos por aquello que resulta más visible y notorio, restando importancia, e incluso desatendiendo lo oculto. En el caso que nos ocupa, la guerra, esta tendencia la convierte en un fenómeno material y sustancialmente violento. Sin embargo, esta excede con mucho de tal parámetro. Tan es así que no hay acuerdo sobre su definición, siendo su naturaleza organizada y política el elemento sustancial y no tanto su carácter sangriento.

Y es que la guerra no es una actividad necesariamente violenta, pero sí una actividad necesariamente política. Es más, en tanto que fenómeno humano, escapa de la dimensión física en la que se desarrolla y se desplaza al plano emocional. Nos encontramos ante un acto de comunicación, en el que lo físico, la violencia, no es necesariamente esencial y cuenta con otros parámetros de medida diferentes a los ordinarios.

La guerra es, ante todo, un enfrentamiento de poderes, un choque en todas sus dimensiones. Y no es un acto ni ético, ni justo, ni económico... ni siquiera militar, por más que se pueda sustanciar en este campo. Es un acto político, de gestión de poder, de modo que cualquier análisis que se realice sin tener en cuenta este hecho, esto es, referido sólo a uno de los planos, es incompleto, y por ello, falso y profundamente erróneo.

En este contexto, la globalización ha supuesto un incremento de las relaciones favoreciendo la expansión de los intereses de los países. A su vez, el crecimiento de las relaciones trae consigo un incremento de los conflictos, pues estos se derivan de la existencia de aquellas. Pero también su limitación pues estos también tensionan el resto relaciones a las que perjudican y reaccionan buscando la restitución del orden roto. El problema es que, como estamos viendo, los conflictos locales pueden globalizarse.

Una guerra requiere la existencia de un amplio abanico de intereses contradictorios por ambas partes, algo que el crecimiento de las relaciones –y con ello de los intereses– hace cada vez más difícil. Pero a las alianzas les pasa lo mismo. El resultado es que la realidad se hace híbrida: los países, de común, mantienen una base común de intereses compartidos y, sobre ella, un conjunto mucho más pequeño, en que tal cosa no es así. Como consecuencia, los Estados, en la mayoría de los aspectos cooperan -lo que permite que existan reglas comunes- pero en otros compiten; y en algunos –y de forma limitada– pueden llegar a pugnar.

Así, podemos concluir, que la globalización ha hecho que entre los países existan múltiples intereses compartidos, de modo que la agrupación de intereses y su alineamiento en la lógica “amigo-enemigo”, que exige la inexistencia de intereses comunes o compartidos, sea muy difícil. Lo sucedido en Ucrania demuestra que no es imposible; y eso aún en suelo europeo.

Definido el marco teórico de lo que es la guerra, conviene también entender lo que es la paz, algo que no es ni tan claro ni tan simple como parece. Y es que, para empezar, estamos ante un concepto vacío que hay que rellenar para que realmente signifique algo. Además, la guerra encarna una contradicción dialéctica para la que tenemos que estar preparados: que su objetivo es la paz, entendida como una redefinición de la situación política de partida. Un nuevo equilibrio. Por ello sólo cabe un compromiso.

Volviendo al caso que nos ocupa, sus dimensiones, hace que estemos, además, ante un enfrentamiento complejo. Y es que Rusia sostiene dos conflictos políticos simultáneos. Uno con Ucrania, de alta intensidad y, además, con componentes híbridos. Y otro directamente con Occidente (entendido en un sentido lato y que alcanza desde los Estados Unidos, la UE, la OTAN hasta Japón y Corea del Sur), del que esta guerra es expresión material; y hasta puede considerarse como un enfrentamiento *proxy* en el que se dirime el lugar de Rusia en el mundo y que se traslada a otros espacios geopolíticos.

Las causas profundas están en la aparentemente débil respuesta a la primera crisis de Ucrania y el carácter inefectivo de las sanciones impuestas ante una Rusia crecida parecen encontrarse entre los factores desencadenantes (SANAHUJA

PERALES, José Antonio. “La Unión Europea y la guerra de Ucrania. Dilemas de la autonomía estratégica y la transición verde en un orden mundial en cambio” en *Policrisis y rupturas del orden global*. Anuario CEIPAZ 2022-2023, pp.23-58).

La segunda parte de la Guerra de Ucrania tuvo sus prolegómenos en la artificiosa crisis migratoria entre Bielorrusia y la Unión Europea que comenzó en verano de 2021, cuando desde este país se estimuló la entrada de emigrantes procedentes en su mayoría de Asia Central y Oriente Medio y traídos ex-profeso, para, una vez allí ubicados, facilitar su infiltración a la Unión Europea. Dicha crisis estuvo motivada por las dudas suscitadas en Occidente por la elección del premier bielorruso Lukashenko. No obstante, es difícilmente concebible que se produjera sin la anuencia rusa y, aún, sin su estímulo. Supone una primera medida prueba de fuerza previa a hacer bascular el desafío a su emplazamiento definitivo en Ucrania.

Este se producía mientras a su sombra, en el último cuatrimestre del año, tenía lugar una progresiva y poco discreta acumulación de fuerzas militares rusas en la frontera con Ucrania. Tal actuación es un ejercicio claro de diplomacia coercitiva y supone la antesala de la invasión de este país y se combinaba con dificultades técnicas de la empresa *Gazprom* para el suministro energético.

Con este movimiento pretendía, implícita o explícitamente, una suerte de negociación forzada. La falta de logros de esta estrategia unida a graves errores de apreciación militar y política, probablemente, acabó precipitando la invasión. Con la intervención rusa, la denominada “operación especial”, también evitaba que Ucrania tomase la iniciativa militar con una contraofensiva, que cabe esperar que estuviera preparando, y recuperara el Donetsk y Lugansk.

La acción militar rusa pretendía ser una actuación rápida y decisiva, ejecutada con grandes medios convencionales ante la pasividad de un Occidente sorprendido y temeroso. Rusia esperaba que la operación fuera poco menos que un paseo militar en presencia de una población mayoritariamente favorable y cooperadora. Con esta estrategia dotada de un componente de *Shock and awe* e involucrándose directamente en el conflicto, elevaba la apuesta. Y es que con ello expresaba su compromiso y voluntad irrevocable al tiempo que enfatizaba la naturaleza vital y permanente de retorno a la condición de actor geopolítico de primer nivel.

Para conseguir la inacción de Occidente, Rusia también contaba, por un lado, con la disuasión que proporcionan las armas nucleares; y por otra, por las consecuencias económicas y energéticas que traerían consigo resistirse a los designios rusos e intervenir en el conflicto apoyando a Ucrania. Y ello, aunque solo fuera por la incertidumbre provocada. A todos, pues, convenía un conflicto corto.

La guerra es parte de la política, una función de esta. Puede decirse incluso que, durante su desarrollo, guerra y política –y aun antes- son la misma cosa. Esta, en tanto que enfrentamiento total y choque de poderes, determina que la pugna se extienda también a planos no militares, expandiendo el marco del conflicto en demanda de aquel plano que permita el logro de los objetivos perseguidos.

Esta se expande geográficamente -horizontalmente- o se traslada verticalmente a otras dimensiones (opinión pública, economía...), buscando un ámbito de victoria, geográfico, sectorial o de dominio, sobre el que poder desbordar al contrario y construir la victoria total en términos militares. Esta deberá traducirse a términos políticos –lo que, de común, denominamos paz– para tener algún significado o sentido. En cualquier caso, no atender a un plano del conflicto puede ser causa de una derrota general.

En el caso que nos ocupa, Rusia ha expandido horizontalmente el ámbito de conflicto e intervenido en África, amenazando el flanco Sur de Europa. Y lo ha hecho a través de la compañía Wagner, una compañía privada militar, que se ha mostrado activa no solo en Ucrania, en la que ha actuado como una fuerza militar casi ordinaria, sino también en Libia y, en general, en toda la franja saheliana. Esta, como compañía privada de Seguridad y mediante un uso menos restrictivo de la fuerza, ha llegado a desplazar a Francia de la que era su zona tradicional de influencia alineándose para ello con los poderes regionales y que disponen de control sobre los recursos naturales.

Dicho sea de paso, el papel de la compañía Wagner, más allá de los «contratistas» -figura equivalente empleada por Occidente- refiere a la falta de consolidación política del Estado ruso. Y es que es esta una forma de hacer la guerra –en la que se llegan a emplear expresidiarios- que nos retrotrae a modelos preestatales renacentistas, a figuras como las de los condotieros, cuando no a los señores de la guerra tan característicos de las guerras de desintegración en el Tercer Mundo.

En el ámbito vertical o de los dominios merece referirse la importancia adquirida por el ámbito cognitivo en este conflicto. Y es que la lógica bélica convierte a la información en un dominio, en un plano de enfrentamiento en todos los niveles: político, estratégico, operacional y táctico. De hecho, las actuaciones rusas pueden inscribirse entre las actuaciones multidominio en la medida en que integran actuaciones estrictamente militares con otras en el plano cognitivo y ciber.

Y es que, en la era digital, el ciberespacio se perfila como un elemento clave de la confrontación. No en vano, la guerra era accesible desde Internet y las redes sociales desde cualquier parte. Razón por la que algunos observadores la califican como la «primera guerra mundial cibernética» del siglo XXI. De hecho, el impacto

de Internet y los ataques cibernéticos en la guerra no tienen precedentes en velocidad y alcance.



En este sentido el *IT Ukraine Army*, es una suerte de milicias civiles internacionales, esto es, un ejército de voluntarios que, desde cualquier lugar del mundo y con la ayuda de grandes plataformas y empresas civiles, junto a los poderes fundamentalmente no militares del Estado ucraniano, ha contribuido a una respuesta en el plano digital.

Desde la perspectiva cognitiva también ha de ponerse en valor el buen trabajo desarrollado por Ucrania en el sentido de contrarrestar la actuación rusa y preservar la cohesión y resiliencia social. Merece referirse el exitoso manejo de un discurso político que se encontraba excelentemente alineado con la comunicación estratégica y esta con el resto de funciones (Cimic, Infoops...) y niveles de decisión.

Dicho alineamiento –en contenidos y, sobre todo, en tiempos– es imprescindible, no sólo para el apoyo internacional –materializado en términos de legitimidad y recursos– fundamental para dotar de capacidades relevantes a unas Fuerzas Armadas que, aunque adiestradas en la práctica de la guerra desde 2014, disponían de unas capacidades magras cuando se las compara con las rusas; sino también, para la propia guía del esfuerzo de guerra en todos los niveles y con vistas a dotar a las acciones de efectos sinérgicos.

Las cuestiones referidas al ámbito cognitivo son nucleares en los sistemas democráticos. Y es que el derecho efectivo a una información veraz y a la pluralidad informativa da cuenta de la calidad democrática de una sociedad. En tal contexto, Europa también ha hecho los deberes en forma de procedimientos pautados que,

con mejoras siempre posibles y deseables, suponen el sometimiento del Estado al Derecho.

Así, se produjo la suspensión de medios de información tan relevantes como *Russia Today* y *Sputnik News*, a instancias del Consejo Europeo al poco de la invasión de 2022. Esta fue posteriormente ratificada por el Tribunal de Justicia de la Unión Europea, toda vez el evidente alineamiento de las noticias de ambas cadenas con las tesis sostenidas desde Moscú y su capacidad de influencia sobre la opinión pública a la que podía alterar en beneficio de un Estado extranjero. Estas medidas se plantearon como excepcionales y fruto de un contexto de guerra. Todas las grandes plataformas digitales europeas siguieron dichas medidas de bloqueo asegurando su efectividad.

Con esto se llega a la cuestión referida a la utilización militar de las capacidades civiles de empresas grandes y pequeñas y que ha convertido tecnologías y aplicaciones insospechadas en armas. Estas -particularmente las grandes plataformas comerciales- han proporcionado los medios –tecnológicos, pero también el *expertise*– para contrarrestar eficazmente la actuación rusa.

Así, los softwares comerciales más avanzados, junto a las tecnologías y aplicaciones orientadas al consumo, se han reconvertido y han sido utilizados con fines armamentísticos. Y ello alcanza desde las imágenes térmicas a los sistemas de guiado, desde los chips de lavadoras, los drones comerciales, a las impresoras 3D, la tecnología de hologramas o los sistemas de entrenamiento de realidad virtual (VR) (MCGEE-ABE, Jason. “Un año después. 10 tecnologías utilizadas en la guerra de Ucrania”. *Techinformed*. <https://techinformed.com/one-year-on-10-technologies-used-in-the-war-in-ukraine/>).

Empresas como *Microsoft* o *Cloudflare* han contribuido a fortalecer la red ucraniana operando desde otras partes del mundo. De hecho, la empresa *Starlink* movilizó 5000 satélites nada más comenzar la invasión para asegurar el funcionamiento de Internet mientras otras compañías espaciales comerciales facilitaban la teledetección y las comunicaciones satelitales, así como inteligencia. Otras, por su parte, aportaban aplicaciones de telefonía móvil con sistemas de carga de imágenes y geolocalización o *chatbot* para intercambio de información que hacían de ciudadanos comunes potenciales agentes (*ibídem*).

Zona gris y guerra económica

El otro elemento para una disuasión convencional empleados por Rusia es la economía. La invasión se produjo acompañada de la conjunción de una subida de tipos de interés, el alza de la inflación y la incertidumbre actuando simultáneamente

sobre unas economías altamente endeudadas. De este modo, la prolongación del conflicto tendría también un efecto disuasivo que coadyuvaría a aceptar como dados los resultados de la invasión nada más producirse esta.

Y es que la incertidumbre – algo que los mercados la toleran mal – de la guerra ha incrementado los marcadores de riesgo político, lo que traslada a la economía, al precio de las materias primas, a la confianza de los agentes, a los vínculos comerciales o a la inestabilidad financiera (DIEZ GUIJARRO, José Ramón. “El retorno del riesgo geopolítico: efectos económicos de la guerra de Ucrania”. Informe FUNCAS. *Cuadernos de información económica Nº 288 (mayo-junio 2022)*. <https://www.funcas.es/articulos/el-retorno-del-riesgo-geopolitico-efectos-economicos-de-la-guerra-de-ucrania//comercio/balanza/rusia>).

La guerra de Ucrania, desde la perspectiva Occidental, suponía por el momento en que se produjo y también por la ruptura de una relación de dependencia en el suministro energético que había crecido al calor del mutuo beneficio y la confianza desde antes de que finalizase la Guerra Fría.

La cuestión es que el atraso de una invasión hasta el mes de febrero –cuando este pudo ejecutarse en octubre y aún antes- otorgó un tiempo suficiente a Europa como para reorganizar sus relaciones energéticas por más que con el conflicto se resintiera en términos de eficiencia y gasto. Fue, dentro de la lógica estratégica rusa, un grave error de cálculo que desactivo buena parte de los efectos pretendidos.

La guerra, además, ha obligado a redefinir la política de Seguridad y Defensa de la UE. Con el ataque ruso y la instrumentación militar de la energía, la UE se ha visto obligada a admitir el fracaso de décadas de política de implicación constructiva con Rusia. Y, además, ha forzado el retorno de Estados Unidos –por más que parcial- a Europa cuyo apoyo y compromiso con Ucrania no hacen de ella un actor secundario (SANAHUJA PERALES, José Antonio, *op. cit*).

De hecho, Rusia y la UE, hasta la invasión, evolucionaban hacia la interdependencia económica. Rusia necesita tecnología para su desarrollo; y es, a su vez, un consumidor de productos europeos. Por otro lado, Europa necesitaba seguridad energética y materias primas que se encuentran en el territorio de Siberia. Los mercados rusos también eran mercados excelentes para los productos europeos.

Eso determinó que, en 2013, antes de la primera invasión, la UE exportara a Rusia el 6,9% de su total de exportaciones, 119.800 millones de euros (65,7 en 2009). Simultáneamente, la UE compró 206.100 millones de euros (119,6 en 2009), el 12,3% de sus importaciones. Las cifras mostraban una cierta tendencia hacia la

integración económica. En 2015 el saldo de la balanza de pagos fue de 133.855,8 millones de euros que se redujo a 81.686,7 millones en 2016, el 7,04% (10,87% en 2015) del PIB ruso (Diario Expansión. Datos Macro. <https://www.datosmacro.com>).

La invasión de Ucrania es un acto de guerra económica y energética contra Europa y que ha roto completamente con la dinámica de aproximación antes referida. Pero estas cifras, solo marcaban una tendencia que aún no se había consolidado, razón por la que el impacto de la Guerra de Ucrania ha sido únicamente moderado.

Rusia, en términos económicos, es, básicamente, un exportador de materias primas económicamente ineficiente y que ha experimentado todo un proceso de desindustrialización. Más de un 50% del suministro europeos procedía de Rusia toda vez que el sistema de infraestructuras hacía la opción más eficiente. La guerra en este sentido provocó un shock energético masivo e histórico – Rusia redujo sus exportaciones de gas hasta en un 80% - que, por la incertidumbre sobre su resolución, afectó a la economía europea la cual vio venirse abajo las expectativas pospandemia. Nunca antes, ni aún en la Guerra Fría, había empleado Rusia la energía como un arma.

El enfrentamiento entre Rusia y Occidente tiene lugar en lo que se ha venido a teorizar como *Zona Gris*. Y es que la complejidad de las relaciones internacionales ha hecho que se dé un espacio específico a las relaciones que, en términos globales, no son propiamente amistosas pero que, no por ello -y por los intereses en otros ámbitos que las anclan-, escalan hasta el enfrentamiento propiamente militar, con todas las consecuencias derivadas de ruptura y destrucción. Estamos ante una estrategia de confrontación política que aún a un tiempo y de modo casi indiferenciado, actuaciones pacíficas, en lo que son aún intereses compartidos; y otras que son cuasi hostiles en otros ámbitos pero que no incorporan directamente destrucción o derramamiento de sangre.

En este espacio, la conducta de las partes no es propiamente pacífica, de hecho, es la agresividad de la que se encuentran también impregnada, lo que la diferencia de una conducta ordinaria. Pero tampoco son estas actuaciones abiertamente hostiles; se sitúan en el espacio entre ambos términos. Se materializan mediante herramientas no pocas veces de *Hard Power*, pero no militares, sino frecuentemente económicas o de tal signo. El poder económico, conceptualmente se ubica dentro del *Hard Power*. Y eso también mientras la paz y la guerra actúan como atractores y polarizadores por la claridad conductual que refieren.

Se trata así de actuaciones inamistosas que tienen lugar mientras se mantienen otras que no lo son y no se impiden. Este proceder no declarado, por más que se intuya la autoría, permite mantener el resto de las relaciones con el país objeto de la actuación hostil. Así, el concepto de zona gris recuerda que la guerra, la paz y la

gestión política son realidades superpuestas, funciones inseparables, unidas en la finalidad. Y es que se trata de herramientas no propiamente militares, y que son poco visibles o ambiguas. De hecho, este espacio restringe las posibilidades de empleo de las Fuerzas Armadas y obliga a una concertación de agencias inhabitual.

Es, por las ventajas que ofrece y los pocos peajes que incorpora, el proceder característico de potencias revisionistas como Rusia, esto es, de aquellas que pretenden la transformación del orden establecido al que desafían mientras aparentan someterse a él. Las actuaciones en este plano, por más que hostiles y muy dañinas, no incorporan violencia física directa, esto es, derramamiento de sangre –entiéndase de países OTAN-, con todo el gravamen y condena internacional que el mismo incorpora. Y además es un proceder sino encubierto, sí no declarado.

En este contexto teórico, el momento escogido para la invasión de Ucrania no podía ser políticamente más oportuno para derivar el enfrentamiento al plano económico. Occidente aún no se había recuperado plenamente de la crisis financiera de 2008; y, además, se había visto obligado a endeudarse aún más para afrontar la pandemia provocada por el COVID-19.

Y es que, por si la superposición de crisis fuera poco, el fin del COVID había generado un importante desequilibrio entre la oferta y la demanda como resultado de los cambios de patrón de conducta de los consumidores y de la dificultad para la adaptación de los mercados. Tal situación trajo consigo un shock de oferta paralelo al desencadenamiento de las hostilidades que derivó el enfrentamiento con Occidente a lo económico convirtiendo la prolongación de las operaciones militares, la cronificación de la guerra, en un acto de gravamen económico y social. De hecho, la economía mundial, y particularmente la Occidental, los dos años previos a esta, ha mostrado, por un lado, su fragilidad ante la superposición de crisis; y, por otro, falta de flexibilidad para adaptarse a los cambios en la demanda derivados de la modificación de los patrones de los consumidores en este periodo (DIEZ GUIJARRO, José Ramón, *op. cit.*).

Por su parte, Rusia en los últimos 8 años, se había preparado para afrontar eventuales respuestas a su reto y había acumulado divisas por importe de 600.000 millones de dólares con las que poder afrontar las eventuales sanciones de la Unión Europea (SANAHUJA PERALES, José Antonio, *op. cit.*).

A ello debemos añadir el esfuerzo de desdolarización de la Federación Rusa el cual coincide con el intento chino de debilitar el dólar como moneda de referencia e internacionalizar su moneda, visibilizando políticamente el *sorpasso* económico y el cambio de orden internacional. Y es que la batalla definitiva por la supremacía

global entre las dos superpotencias, cuando tenga lugar y aún de tenerlo, será por ser moneda de referencia. Siguiendo esta dinámica, el sistema financiero global está gravitando hacia la fragmentación y la multipolaridad monetaria (PARDO DE SANTAYANA, José. “La guerra de Ucrania y la rebelión del Sur global” *Documento de Análisis del Instituto Español de Estudios Estratégicos número 63/2022* de 13 octubre 2022).

En este contexto, los esfuerzos que las naciones habían realizado para suavizar los efectos de la pandemia limitaban cualquier respuesta a corto en el plano de la política económica. Así, las repercusiones económicas, financieras y sociales de la guerra se unieron a las diplomáticas o militares trasladando sus efectos sobre la opinión pública, lo que estresó a los gobiernos occidentales (DIEZ GUIJARRO, José Ramón, *op. cit.*). Las sociedades entendían mal su implicación en un conflicto lejano y en un mundo antes ubicado tras el Telón de Acero.

Con todo, entre el 23 de febrero de 2022 y el 25 de febrero de 2023 la UE ha implementado 10 paquetes de sanciones distintos que abarcan sanciones económicas que abarcan los sectores de las finanzas, la energía, el transporte y la tecnología. Ello implica 1473 personas y 207 entidades (<https://www.consilium.europa.eu/es/policias/eu-response-ukraine-invasion/> Respuesta de la UE ante la invasión rusa de Ucrania - Consilium (europa.eu). Occidente congeló unos US\$ 324.000 millones de las reservas de divisas del Banco Central de Rusia más de la mitad de sus reservas, valoradas en US\$ 640.000 millones.

Bancos rusos fueron desconectados del SWIFT e incluidos en las listas completas de sanciones de bloqueo, algunos de ellos, como Sberbank y VTB, los más grandes del país. Más de mil multinacionales han suprimido o reducido significativamente su relación con Rusia, cuya mayor vulnerabilidad es su nivel de dependencia tecnológica de países europeos —como Alemania o Francia— y particularmente en lo que se refiere a semiconductores, el cual ha afectado a las operaciones militares (PARDO DE SANTAYANA, José, *op. cit.*).

Como consecuencia de las restricciones a la importación de petróleo, Rusia está perdiendo alrededor de US\$175 millones por día, en términos absolutos, esto es, a los precios del mercado. No obstante, ha conseguido redireccionar estas hacia nuevos clientes entre los que destacan China, India y Turquía —estos adquirido el 70% de los hidrocarburos transportado por mar- que compran el crudo ruso con grandes descuentos y a un precio significativamente más bajo que el Brent. Para valorar la magnitud de este fenómeno baste referir que, a principios de 2022, Rusia abasteció menos del 2% de las importaciones indias, pero ahora está camino de convertirse en su mayor proveedor individual (“Guerra en Ucrania: ¿qué impacto

han tenido realmente las sanciones de Occidente en la economía rusa a un año del inicio de la invasión?” *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-64556563>]. Eso le permite disponer de un balance por cuenta corriente positivo y da continuidad económica a la guerra, algo absolutamente fundamental y decisivo.

Así, un año después de que comenzara la guerra, con la subida de precios y, tras el redireccionando su comercio desde los países que implementan las sanciones a aquellos que no lo hacen, Rusia ha logrado mantener el nivel de sus exportaciones de petróleo, aunque el precio máximo que se paga por el Ural se sitúe por debajo del máximo fijado por la Unión Europea. De hecho, el país logró incrementar en 2% su producción de petróleo y sus ganancias por exportaciones en un 20%, hasta los US\$ 218 millones día. En octubre de 2022, las exportaciones totales de petróleo fueron de 7.7 millones de barriles diarios, solo 400.000 barriles diarios por debajo de los niveles anteriores a la guerra. Las exportaciones rusas de petróleo crudo se mantuvieron así prácticamente sin cambios en comparación con los niveles anteriores a la guerra (*ibídem*).

En base a lo expuesto, la economía rusa parece mostrarse sólida, con un crecimiento para el año 2023 del 0,3%, según el FMI. Y es que, como sucede en todas las guerras, el nivel de gasto del gobierno que requiere el mantenimiento de las operaciones militares ha ayudado a mantener la actividad económica de Rusia en medio de la turbulencia. El problema vendrá después, cuando la guerra se detiene y se genera una nueva dinámica, circunstancia a la que se sumará, la dependencia de los bienes de capital occidentales, con lo que es de esperar que los daños a largo plazo sean muy considerables (*ibídem*). Pero después es después.

Conclusiones

Liddell Hart, de su experiencia en la Primera Guerra Mundial, concluyó que la terminación de un conflicto debe asegurar la paz futura, lo que convierte en los mejores acuerdos a los negociados. Mientras Kissinger, en igual sentido, señalaba que «al tratar al enemigo derrotado, los vencedores diseñando un acuerdo de paz deben lograr la transición de la intransigencia indispensable para asentar la victoria a la conciliación necesaria para lograr una paz duradera» (KISSINGER, Henry. *Diplomacy*. Simon & Schuster Paperbacks, Nueva York, 1994, p. 80).

En esta línea, también a juicio de Liddell Hart, el fin de la Segunda Guerra Mundial, se dilató por la exigencia aliada de una rendición incondicional. Este era un enfoque demasiado directo y motivo una tenaz resistencia alemana. Algo a considerar ya que ninguna solución del conflicto que nos ocupa es buena por si misma, ni la

derrota de Ucrania ni la debilidad y hasta la fragmentación de Rusia ni el recambio del marco de relaciones globales. Todas incorporan un punto de extremo peligro. Además, y sin entrar en otros considerandos y variables, el balance por cuenta corriente positivo de Rusia le otorga un cierto margen para la prolongación de sus operaciones militares. En cualquier caso, una reedición para el siglo XXI del Tratado de Brest-Litovsk tampoco sería, en clave de futuro, una buena idea.

Resulta llamativo, y puede ser de nuevo el caso de Ucrania, que el final negociado de muchas guerras lleve a las partes a aceptar posiciones intermedias que estas habían rechazado antes por considerarlas contrarias a su dignidad e intereses. Los combatientes vuelven así a sus posiciones psicológicas de partida una vez agotada la agresividad (ALONSO BAQUER, Miguel, en *Lecturas de Sociología Militar*. Documento de Trabajo Escuela de Guerra Naval. Biblioteca del CESEDEN B22C1).

En el capítulo de lecciones aprendidas, resaltar la importancia de la tecnología y de dominios como el cognitivo cuya entrada en liza somete a estrés a la población no menos que al marco normativo de los Estados. La actuación de la UE ha evitado el tensionamiento y la deslegitimación de estos individualmente, al adoptar esta organización - como conjunto de democracias avanzadas y con la legitimidad que ello comporta- decisiones restrictivas de derechos y someterlas, además, al imperio de la ley.

Y en cuestiones tecnológicas, referir la contribución de las grandes plataformas al éxito de la guerra. Pero también poner en valor el recurso a tecnologías civiles para fines militares de un modo que, por sistemático y de envergadura, trasciende el concepto de COTS –tecnologías duales- ya que alcanza a aspectos tales como la inteligencia de satélites, la integración de información, las comunicaciones y hasta las armas (robótica, drones...). A ello debemos añadir que la Guerra de Ucrania ha hecho que los gobiernos se replanteen más sus bases industriales para un conflicto de alta intensidad (como las necesidades sobrevenidas de municionamiento...), y lo hagan junto a la agilidad y la resistencia de las cadenas de suministro.

Dado el carácter económico de la guerra que Rusia ha planteado a Occidente, tampoco es mala praxis, para valorar su estadio y evolución, atender a indicadores económicos como los índices bursátiles, el Euribor o la inflación. Guerra, política y economía forman un todo.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023